

Amor y destructividad: desde el conflicto estético a la revisión del concepto de destructividad en la mente¹

Jean Bégoïn

Escuché por primera vez a Donald Meltzer hablar de “conflicto estético” cuando presentó este nuevo concepto en París, en un encuentro de GERPEN² en marzo de 1986, casi catorce años atrás. Este artículo se convirtió en el segundo capítulo de su libro *La Aprehensión de la Belleza*, escrito con Meg Harris Williams y publicado dos años más tarde, en 1988. Como muchos otros que estuvieron escuchando a Meltzer ese día, sentí aquel momento digno de ser considerado *histórico*, y sigo pensando que así lo fue. Muchos elementos eran nuevos en este concepto, pero lo que resultó más llamativo fue su evidente inspiración: estábamos escuchando a un nuevo Meltzer –no tanto por sus teorías, con las que yo estaba ya familiarizado desde hacía más de veinte años, tras haber supervisado y habiendo traducido sus dos primeros libros al francés– sino en lo que tengo que llamar especialmente su “espíritu”, una nueva manera de pensar teorías, obteniendo una mezcla novedosamente integrada de psicoanálisis, filosofía y poesía. En realidad, sería más preciso decir que presenciemos el *nacimiento* de un más alto grado de integración de las cualidades que de hecho *siempre habíamos conocido en Meltzer* desde sus primeros trabajos y su primer libro, *El Proceso Psicoanalítico*: una combinación meltzeriana única de *ciencia y arte*.

¹ Publicado en *Exploring the work of Donald Meltzer*, A. Festschrift. © Karnac Books, 2001.

² (Grupo de estudio integrado por James Gammill, Genevieve Haag y otros colegas, creado en 1974, quienes trabajaron con Donald Meltzer, Martha Harris y Francis Tustin).

Por supuesto, también en este extraordinario artículo de 1986 había nuevas ideas psicoanalíticas. Una de las más notables fue aquella en la que puso el acento en el *amor*, en lugar de la libido, cuando Meltzer (1988) evocaba las condiciones por las cuales un “objeto estético” es construido por el “bello bebé común” junto con su “bella madre común”, cuyo corolario teórico es que “el conflicto estético y la posición depresiva serían primarias para el desarrollo y la esquizo-paranoide secundaria” (p. 26). El primer lugar en el desarrollo le era otorgado al *amor*, y *no al odio*, por lo que era posible una nueva actitud en lo concerniente al antiguo y tan difícil problema del dolor mental.

EL ENIGMA DEL DOLOR MENTAL

En “*Conflicto Estético*” (1988), Donald Meltzer insistía en que “el cambio introducido por Bion en el modelo de la mente debía obligarnos a re-pensar tanto el problema completo del dolor mental como el del proceso de desarrollo desde la infancia” (p. 8). Como sabemos, desde que Freud lo inventara, el proceso psicoanalítico se ha hecho cada vez más prolongado, desde aquellos tempranos días en los que se extendía unos pocos meses hasta llegar posteriormente a abarcar años y más años. Me parece que esto se debe a que somos cada vez más capaces de percibir y tener en cuenta la profundidad del dolor mental. La experiencia me ha demostrado que el final del proceso psicoanalítico es a menudo muy dificultoso porque, ante la amenaza de interrumpir las sesiones psicoanalíticas, se *revela* la existencia de un sufrimiento psíquico que había permanecido mucho más latente que las ansiedades de separación y lo que su concienzuda interpretación pudo haber mostrado y resuelto.

He descubierto nuevas maneras de comprender estas formas más profundas del dolor mental gracias al trabajo de Esther Bick acerca del rol psíquico de la piel y los estudios de Donald Meltzer y Francis Tustin sobre autismo. Meltzer ya había descrito como “terror” una clase de ansiedad paranoide que resulta *intolerable* por su cualidad y que debe ser diferenciada de otras formas de persecución que pueden volverse intolerables por su intensidad. Tustin consiguió elucidar la naturaleza *traumática* de la ansiedad fundamental del autismo en los niños, que es el temor a la

aniquilación del sentimiento de ser, o del “going-on being”,³ como lo expresó Winnicott. Las barreras autísticas son barreras contra el temor al “agujero negro” de la *depresión primaria* y la *nada*. Estas descripciones y conceptos me permitieron comprender mejor el dolor mental vivenciado por mis pacientes como resultado de las ansiedades catastróficas de separación (Bion), las que provocan un temor a la aniquilación psíquica (Tustin). Entendí que partes nuevas del self habían nacido durante el análisis, particularmente nuevas capacidades de amar; estas nuevas capacidades eran sentidas en peligro de extinguirse por la pérdida del vínculo analítico investido por la función primaria de contención y desintoxicación del excesivo dolor mental. Esta función primaria es precisamente aquella de la que los chicos autistas sienten que están carentes.

Siguiendo a Klein, Meltzer (1967) ha descrito la terminación del análisis, basándose en el modelo del destete en la infancia, como un duelo por el vínculo analítico. Para él, la evolución del “proceso psicoanalítico” puede ser vista como teniendo una “historia natural” que es homóloga a la del funcionamiento del aparato psíquico. En este sentido, el fin de análisis sería de la misma naturaleza que la separación entre los niños y sus padres cuando los niños se han vuelto lo suficientemente adultos —¡y, uno debería agregar, cuando las cosas han sido lo suficientemente buenas!

¡Y, por supuesto, se está lejos de que hayan sido siempre lo suficientemente buenas!

La falta de una real autonomía es reemplazada por diferentes formas de dependencia patológica, las cuales pudieron haber sido hasta entonces más o menos escindidas o desmentidas, y que repentinamente se revelan con toda su intensidad provocando dramas, como ocurre típicamente durante la adolescencia.

Esto recuerda la crucial importancia de establecer en la vida psíquica un objeto interno como el que describió Meltzer en *El Proceso Psicoanalítico* (1967) bajo el nombre de “pecho-inodoro”. Este objeto interno, algunas veces representado en sueños por un baño, es el objeto parcial en el cual el self puede evacuar el exceso *intolerable* de dolor mental, lo que le permite a la psique *sobrevivir*. Por lo tanto, semejante objeto tiene que tener

³ “seguir existiendo” (N. Del T.)

suficientes capacidades como para recibir y contener en particular las ansiedades de la depresión primaria, que amenazan la posibilidad misma de la vida psíquica.

El uso de “pecho-inodoro” aparece como una defensa proyectiva que es parte de las defensas maníacas. De hecho, las defensas maníacas parecen a menudo estar basadas en identificaciones masculinas y si no son demasiado masivas, son parte del mecanismo normal del crecimiento psíquico porque son bastante necesarias para proteger al self de los sentimientos depresivos excesivos y peligrosos que impedirían cualquier desarrollo. Unas defensas maníacas moderadas pueden proporcionar algún espacio de resguardo suficiente y conveniente para la elaboración progresiva de los afectos depresivos, los que son contenidos en otras partes de la personalidad, generalmente en las identificaciones femeninas. Así muy pronto la bisexualidad psíquica, a través de las identificaciones, queda implicada en la lucha contra el dolor mental.

DESDE LA TEORIA TRAUMATICA DEL CRECIMIENTO HACIA UNA TEORIA ESTETICA

Me resultaba desconcertante la importancia dada por Freud a lo traumático en el desarrollo psicosexual del niño. En *Un Esquema del Psicoanálisis* (1940a [1938]), resume sus conclusiones acerca de la evolución del niño como el producto esencial de una serie de traumas en relación al ambiente: trauma de seducción por parte de la madre, trauma del destete, trauma por las amenazas de castración. Esa manera de teorizar me resultó menos enigmática cuando me di cuenta más plenamente del rol decisivo de la economía del dolor mental en las relaciones intersubjetivas. Por ejemplo, logré entender la *fantasía de seducción* como esencialmente basada en la necesidad de proyectar los propios deseos en otra persona, según el principio de que el mismo que ama es el mismo que sufre. Por cierto, la seducción es la vía *por excelencia* de evacuar el dolor latente y de evitar que éste se haga manifiesto, cuando no hay un pecho-inodoro disponible.

La hipótesis del instinto de muerte *dentro del organismo* pareció concluir en una teoría de una doble polaridad de pulsiones *dentro del psiquismo*, de manera que el trauma quedó situado

estrictamente dentro del self, como un conflicto inevitable y permanente entre dos pulsiones básicas. La relación con el ambiente sería traumática solamente porque estas pulsiones reforzarían las inevitables fantasías de un “objeto malo”, mientras que las buenas experiencias reforzarían las fantasías de un “objeto bueno”. Así es como Klein utilizó por lo menos la bipolaridad freudiana de las pulsiones, que ella aceptó en su totalidad y desarrolló aún más sistemáticamente. De todas formas, ella estimó que Freud no le dio suficiente importancia a los *sentimientos positivos* que el niño experimentó con relación a su ambiente, especialmente hacia su *padre*, entre los factores de resolución de conflictos como el del complejo de Edipo. Pero, aun con esta corrección importante, ¿podemos realmente concebir una teoría general del desarrollo psíquico que pudiese darle sólo un rol secundario a la *interacción humana* en la génesis y el crecimiento de la psiquis?

Cuando comenzamos a hablar no sólo del desarrollo sino además de la “génesis” de las funciones psíquicas, entramos en el período moderno de la evolución de la teoría psicoanalítica. Esto fue asentado por Bion en *Aprendiendo de la Experiencia*, en donde presentó la primera teoría analítica de las condiciones del nacimiento de la mente basada en la capacidad de la madre de recibir y contener las primeras ansiedades del bebé. Con la idea de que el mecanismo para lograrlo era una forma “normal” de identificación proyectiva, *recíproca* para el niño y la madre, Bion dio la primer descripción teórica del concepto clínico de la madre “suficientemente buena” de Winnicott.

Más importante todavía es el siguiente paso, la descripción totalmente nueva y original de Meltzer del conflicto psíquico básico, bajo el nombre de “conflicto estético”. No está referido a los supuestos instintos innatos de vida y muerte, sino al conflicto resultante de las pulsiones libidinales y epistemofílicas dirigidos hacia el “interior” de la madre. Meltzer no da una definición muy clara y precisa de la naturaleza del conflicto. Utiliza más poesía que teoría, comunica sus propios sentimientos acerca del conflicto estético, usa yuxtaposición de materiales clínicos basados en sueños y alusiones literarias, para que ese sentimiento inefable pueda ser evocado en el lector y así surja en él. Escribe:

“La bella madre abnegada común presenta a su bello bebé

común un objeto complejo de increíble interés, interés tanto sensual como infra-sensual... Pero el significado del comportamiento de su madre, de la aparición y desaparición del pecho y de la luz en sus ojos, de un rostro por el que pasan las emociones como sombras de nubes por el paisaje, es desconocido para él...” (1988, p. 22)

Así, podemos comprender que las pulsiones epistemofílicas del bebé podrían devenir conflictivas con la investidura de la madre como un “*objeto estético*”, un objeto primario de amor y admiración cuando el bebé descubre el mundo exterior después del nacimiento. Meltzer afirma:

“El (el bebé) no puede decir si ella (la madre) es Beatriz o su ‘Belle Dame Sans Merci’.⁴ Este es el conflicto estético, el cual puede ser afirmado con más precisión en términos del impacto estético del exterior de la madre ‘bella’, a disposición de los sentidos, y el interior enigmático que debe ser construido mediante la imaginación creativa. Todo en el arte y en la literatura, cada análisis, evidencia su perseverancia a lo largo de la vida”. (1988, p. 22)

El concepto merecería una larga discusión. Mencionaré brevemente sólo tres puntos.

EL CONCEPTO DE OBJETO ENIGMATICO

El objeto descrito por Meltzer es enigmático, como lo dice explícitamente:

“La madre es enigmática para él (el bebé); exhibe la mayor parte del tiempo la sonrisa de la Gioconda, y la música de su voz cambia sin cesar de un tono mayor a uno menor. Como ‘K’ (de Kafka, no de Bion) él tiene que esperar las decisiones del ‘castillo’, del mundo interno de su madre... Se trata de la condición humana. ¿Qué hombre conoce el corazón de su

⁴ Referencia al poema de Keats (1891) (N. Del T.)

amada, o de su hijo, o de su analizando tan bien como conoce el corazón de su enemigo?” (1988, p. 22)

Parecería que debe diferenciarse entre *enigma* y *misterio*. El analista francés Jean Laplanche también habla actualmente de la primera relación con la madre como esencialmente “enigmática”. En mi opinión, un enigma, como el típico enigma de la Esfinge, es siempre muy persecutorio porque contiene una enorme cantidad de terror frente a un dolor latente, el cual puede ser un peligro para la vida psíquica misma. Es el peligro de sentimientos intolerables de depresión; su naturaleza fue afirmada por el joven paciente autista de Klein, Dick (Klein, 1930), cuando vio las virtutas del lápiz y dijo “¡Pobre Sra. Klein!”. El concepto de misterio implica, más bien, una profunda consideración por cuestiones insuficientemente conocidas, pero muy importantes respecto a la vida y la muerte y, sobre todo, a la creación de la vida.

Resulta claro que Meltzer quiere indicar la diferencia entre objeto estético e idealizado cuando habla de la belleza común inherente a la madre abnegada y la belleza común inherente al bebé. Y yo prefiero pensar, como Meltzer, que la posición esquizo-paranoide es sólo secundaria y no primaria en el desarrollo, lo cual implica que el primer objeto debe ser *más misterioso que enigmático* para ser introyectado como un objeto “suficientemente bueno”.

EL CONCEPTO DE “RECIPROCIDAD”

Meltzer le ha dado una gran importancia al concepto de “reciprocidad”. Hay ejemplos clínicos en los que la reciprocidad de la investidura entre el niño y su medio ambiente no fue lo suficientemente buena, pero donde era casi imposible saber si la falta de reciprocidad provino de la madre o del padre o si provino de parte del bebé. De tal manera que a menudo es imposible decidir cuál de los dos –madre (y padre) o niño– fue el primero en considerar al otro como un objeto “enigmático”. Pensaría que es por el mismo carácter de las “tempranas interacciones” que se vuelve rápidamente imposible diferenciar el rol de uno del rol del otro, en gran medida debido a que las primeras investiduras e

identificaciones tienen el carácter predominante de ser mutuas y recíprocas. Así que tenemos que hablar de interacción como algo diferente al concepto común de relaciones objetales. En este sentido, lo que hace exitosas las tempranas relaciones objetales no está totalmente del lado de la investidura del niño, tan admirativa como puede serlo, ni totalmente del lado del amor de la madre por su hijo (aun cuando esté contenida por el amor del padre) sino por *la interacción* cuando es suficientemente armónica. Me parece que el sentimiento estético descrito por Meltzer es el resultado de la *belleza del encuentro* entre la madre y las nascentes capacidades de amar del bebé, contenidos por el padre. Tal maravilloso encuentro parece muy necesario para *confirmarle* al bebé su estar en condiciones de “go on being”, porque, en términos más teóricos, la mutua investidura de la atención y cuidado entre los padres le proporciona un sustituto intersubjetivo mental de la función continente del cuerpo de la madre, perdido al nacer: es el equivalente simbólico del rol continente de la piel, descrito por Esther Bick (1967).

Este logro tiene un doble aspecto. El primero es una función defensiva y anti-traumática (el campo defensivo freudiano). Trae lo que he llamado “seguridad básica”, compuesta por la confianza derivada de ser lo suficientemente protegido de las ansiedades de aniquilación, lo que es el primer paso hacia el sentido de identidad.

La segunda función deriva del aspecto libidinal de un hermoso y suficiente encuentro entre el bebé y la madre-y-el padre, lo que constituye el *placer de estar vivo*, gracias a la investidura estética del objeto que permite una suficiente investidura de sí mismo. El gran mérito de Meltzer es haber agregado esta dimensión estética a las investiduras primarias, lo que enriquece enormemente nuestra comprensión acerca de ellas, comparado con la irónica descripción de Freud de “Su majestad el bebé” como la proyección del ingenuo o perverso narcisismo de los padres sobre él.

EL DESARROLLO COGNITIVO Y AFECTIVO

Mediante observaciones sistemáticas se ha revelado la existencia de capacidades o “habilidades” en el bebé muy inesperadas. Se hace más claro que los desarrollos cognitivo y afectivo

están, en el mismo comienzo de la vida post-natal, ligados y es casi imposible diferenciarlos. Podemos pensar, sin embargo, que es necesario distinguir los aspectos sensuales de la relación con el objeto, que son neurofisiológicos y cognitivos, de su investidura afectiva y más o menos estética que determinará la personalidad psíquica del sujeto.

El ejemplo más hermoso de posibilidad de resurgimiento del aspecto sensual y estético del objeto primordial es ciertamente, en la literatura francesa, la memoria famosa de la magdalena en *En busca del Tiempo Perdido*, de Marcel Proust. Permítanme recordarles con qué sensibilidad describe la búsqueda obstinada de la memoria olvidada, cuyas huellas mnémicas habían sido repentinamente despertadas por el sabor de una magdalena mojada en una taza de té:

“Tan pronto la tibia infusión mezclada con las migas tocó mi paladar me recorrió un escalofrío y me detuve, absorto por lo maravilloso de lo que me estaba ocurriendo. Un *exquisito placer* había invadido mis sentidos, algo aislado, separado, con ninguna referencia respecto a su origen. Al mismo tiempo las vicisitudes de la vida se me volvieron indiferentes, sus desastres inocuos, su brevedad ilusoria –habiendo tenido esta nueva sensación el efecto, que el amor tiene, de colmarme con una *preciosa esencia*; o más aún esta esencia *no estaba en mí, era yo*. Me había dejado de sentir mediocre, contingente, mortal”. (Proust, 1913, p. 58)

¿No es ésta acaso una extraordinaria y vívida evocación de lo que nosotros laboriosamente tratamos de definir en términos más abstractos: la memoria de las primitivas interacciones que establecen la seguridad básica y el placer de estar vivo, cuando está basada en el amor mutuo –esto es, *ser capaces de amar y de ser amados?*

Proust continúa en su búsqueda:

“¿De dónde me vino esta *joya todopoderosa?* Era consciente de que estaba conectada con el sabor del té y la torta, pero el que *trascendiera infinitamente* esos sabores no podía, en verdad, ser de la misma naturaleza”. (p. 58)

El autor hace una clara y crucial diferenciación entre la sensación en sí misma y su investidura emocional. Es lo que corresponde a la diferencia entre el desarrollo cognitivo y el afectivo, pero podemos ver al mismo tiempo cuánto tienen que estar suficientemente integradas estas líneas de desarrollo, una con la otra, para poder resistir la escisión que ocurre cuando el dolor mental es intolerable.

Proust continúa:

“¿De dónde provino? ¿Qué quería decir? ¿Dónde pude aprehenderla?”

Y trata de beber un segundo sorbo, luego un tercero para intentar, vanamente, re-encontrar el origen de este “exquisito placer” el cual le parecía ser la esencia de sí mismo, como el renacer de su sentimiento de identidad y el placer de estar vivo.

Entonces, se detiene y piensa:

“Es tiempo de detenerse, la poción está perdiendo su virtud. Es claro que la verdad que estoy buscando yace en mí y no en la taza... Dejo la taza y examino mi propia mente. Ella sola puede descubrir la verdad. Pero, ¿cómo?” (p. 59)

Y Proust comienza un autoanálisis maravilloso del cual nos ofrece un relato inolvidable sobre el que quiero señalar algunas frases:

“Y repentinamente la memoria se reveló a sí misma. El sabor era el de un pequeño trozo de magdalena que en las mañanas de los domingos en Combray... mi tía Léonie acostumbraba darme, mojándolo primero en su propia taza de té o tisana...” (p. 61)

Y Proust concluye esta “búsqueda” con un párrafo tan hermoso que nunca he podido leer en voz alta sin que me embargara una poderosa emoción:

“... cuando de un pasado distante nada subsiste, después de que la gente se ha muerto, después de que las cosas estén destruidas, solamente el gusto y el olfato, más frágiles pero más

duraderos, más inmateriales, más persistentes, más auténticos, permanecen equilibrados un largo tiempo, como almas, recordando, esperando, deseando, entre las ruinas de todo el resto, asumiendo intrépidamente, en la diminuta y casi etérea gota de su esencia, el inmenso edificio del recuerdo”. (p. 61)

UNA REVISION DEL CONCEPTO DE DESTRUCTIVIDAD PSIQUICA

Ahora, la pregunta es: ¿cómo son las cosas cuando las condiciones ambientales no son lo suficientemente buenas y el aspecto estético del amor primario no puede ser creado? ¿Cómo están constituidas estas “ansiedades inimaginables” (Winnicott) y estas “ansiedades de aniquilación del sentido del ser”? Creo que se puede decir que en lugar de la creación del sentido de *Belleza* que deviene del mutuo amor, toma lugar su negativo –*el Horror*–, lo que es el negativo de la admiración y del deslumbramiento del amor.

El horror ha sido representado en la mitología por la figura de la Medusa, quien tuvo un poder paralizante y mortal. De las tres Gorgonas, hijas de las divinidades del mar que vivían en el Lejano Occidente, no lejos del Reino de la Muerte, Medusa era la única cuya mirada podía matar. Estaba representada como un monstruo con cabeza de mujer, cuyos cabellos estaban hechos de serpientes, sus enormes y peligrosos dientes sobresalían de su boca siempre abierta y su cara era tan *horrible* de mirar que *petrificaba con terror* a aquellos desafortunados que se encontraban con ella. Para poder defenderse y matarla, Perseo tuvo que usar el escudo de Atenea y así luchar con ella sin enfrentar su mirada.

Algunos psicoanalistas como Pasche y Racamier han utilizado el mito de Medusa para ilustrar el terror de lo que ellos llaman “lo irrepresentable”. Podemos comprender lo que quieren significar pero preferiría, con Elisabeth About, quien también trabajó con Meltzer y tiene escrito un libro, *Rencontres avec Méduse*, hablar del terror del “agujero negro” de la depresión primaria, que señala el horror al aborto de la vida psíquica.

De hecho estoy definiendo ahora una “*relación de objeto narcisista*” como una relación con un objeto que es sentido e investido por el sujeto como siendo capaz, en la *interacción con*

éste, de llevar a cabo ciertas funciones necesarias para su seguridad y desarrollo. El carácter principal de tal relación es el ser *la matriz del cambio potencial y del crecimiento psíquico*.

La matriz es el *continente*, en términos de Bion, del cambio y del crecimiento cuando cumple con su función. Es particularmente necesaria para permitir al sujeto contener y elaborar lo *desconocido*, lo que implica confrontar en cada paso nuevo del desarrollo tanto los recientes aspectos de la vida como los sentimientos depresivos por haber perdido los pasados.

Por lo contrario, cuando la matriz presenta aspectos que son demasiado patológicos porque existe una relación no armoniosa entre el sujeto y el objeto, falla en cumplir esta función y deviene, de acuerdo al concepto introducido por Meltzer, en el *claustro* que encarcela las capacidades potenciales de cambio y crecimiento.

A mi juicio, la perspectiva introducida por Meltzer con los conceptos de “pecho-inodoro”, “conflicto estético” y “claustro”, nos obliga a revisar completamente la teoría psicoanalítica de la destructividad psíquica, aunque nos conduzca a revertir completamente la posición clásica de los dos instintos básicos. Cuando las condiciones no han sido lo suficientemente buenas y particularmente cuando no ha habido una interacción suficientemente armoniosa entre el niño y su entorno, *el dolor por no ser capaz de crecer* será muy intenso y liberará un *núcleo de desesperación* más o menos oculto en las profundidades del ser humano. En mi opinión, el dolor mental es fundamentalmente depresivo porque en lo esencial es el *dolor por ser incapaz de desarrollarse*, lo cual significa un sentimiento de muerte psíquica. Ese dolor generalmente se mantiene latente porque hay defensas contra él que son muchas y cada vez más complejas. Cuando es reconocido como tal, lo que puede ocurrir sólo bajo condiciones que lo hagan *tolerable*, como en una situación terapéutica, puede ser transformado por el pensar y así ser usado para el crecimiento mental, lo cual es una *creación*, como lo sintió y expresó Marcel Proust. La parte que permanece *intolerable* constituye un núcleo más o menos secreto de profunda desesperación dentro de nosotros, y ello puede desembocar en *violencia* o en las así llamadas *enfermedades psicosomáticas*.

El narcisismo se reveló primero, como siempre, a través de sus formas patológicas. En mi experiencia el narcisismo patológico

refleja la *violencia* de las defensas contra la desesperación. Quien no ha encontrado un objeto suficientemente bueno que le haya permitido la creación de una seguridad básica conserva en el interior de sí mismo “*partes no nacidas*” de su *self*. La expresión ha sido creada por Bion con relación a la “cesura del nacimiento” pero yo la utilizo en un sentido diferente. Sabemos que hay pacientes que sueñan, a menudo, con animales salvajes y terroríficos tales como leones, tigres, arañas y demás. Pienso que es demasiado simple y hasta falso considerarlos como derivados puros y lineales de pulsiones destructivas provenientes del instinto de muerte. Más bien pienso que esta destructividad revela la internalización de la falla en la interacción del desarrollo, lo que constituye una real *interrupción de la relación creativa continente-contenido*, fuente del narcisismo normal y de la investidura del *self*. Este aborto de las potencialidades del desarrollo está acompañado por una *reversión* con dirección opuesta de la investidura del *self*, la que depende de la economía del dolor mental. Si no hay ningún pecho-inodoro disponible, el objeto se vuelve persecutorio por lo que el sujeto está obligado, para su supervivencia, a identificarse: esta primitiva identificación con el agresor es esencialmente una técnica de *supervivencia* que previene la *depresión suicida*. Estas identificaciones proyectivas patológicas conforman el *claustró* descrito por Meltzer y se oponen al desarrollo al encerrar al sujeto, quien rechaza su *propio self* que es experimentado con *horror*. El resultado de la interrupción de la investidura del *self* puede ser la paranoia. El paranoico no sólo se siente perseguido por un objeto externo, sino también por su *self* no nacido.

Klein había observado en los análisis de niños la existencia de ansiedades de aniquilación. Pero parece que se refirió a ellas como el temor a la muerte psíquica, fundamentalmente. Como ejemplo, en su trabajo “Sobre la Teoría de la Ansiedad y la Culpa” (1948), escribe que “fue llevada a aplicar las hipótesis de Freud acerca de la lucha entre los instintos de vida y muerte al material clínico logrado en análisis de niños pequeños” y dice: “Siguiendo esta línea de pensamiento, adelanté la hipótesis de que la ansiedad es provocada por el peligro que amenaza al *organismo* proveniente del instinto de muerte; y sugerí que ésta es la causa primaria de ansiedad” (p. 275, destacado agregado).

De hecho, como ya lo he mencionado, debemos diferenciar

entre el temor a la aniquilación psíquica del temor a la aniquilación física, bajo el peso de la depresión. La muerte física puede ser deseada y concretada como para ponerle fin a una tortura psíquica insoportable. Las así llamadas enfermedades psicósomáticas pueden ser consideradas como expresiones somáticas de formas de depresiones suicidas latentes y escindidas. Daré un ejemplo corto del cambio de perspectiva que propongo señalando la forma en que Klein ilustra, en el mismo trabajo, su punto de vista acerca del instinto de muerte:

“Un niño de cinco años solía imaginarse que tenía toda clase de animales salvajes, tales como elefantes, leopardos, hienas y lobos, que lo ayudaban contra sus enemigos. Representaban objetos peligrosos –perseguidores– que había domesticado y podía usar como protección contra sus enemigos. Pero surgió en el análisis que representaban su propio sadismo, cada animal representaba una fuente específica de sadismo y los órganos utilizados en conexión con esto. Los elefantes simbolizaban su sadismo muscular, sus impulsos a atropellar y patear. Los leopardos que desgarran, representaban sus dientes y uñas y las funciones de éstos en los ataques que él hacía. Los lobos simbolizaban sus excrementos investidos con propiedades destructivas. A veces se asustaba mucho porque los animales salvajes que había domesticado podrían volverse contra él y exterminarlo. Este temor expresaba su sensación de estar amenazado por su propia destructividad (tanto como por sus perseguidores internos)”.

¡Es una descripción muy impresionante del mundo en el que este niño vivía! El trabajo es posterior a “*Notas sobre algunos mecanismos esquizoides*” (1946), pero Klein se expresa solamente en términos de sadismo para ilustrar su tesis acerca de la destructividad y el instinto de muerte. Para cualquiera está claro que este niño está en un gran peligro, pero yo prefiero expresarlo en términos de un desarrollo enormemente tardío en constituir e investir la imagen del self. Lo que Klein llama sadismo, de acuerdo a la terminología clásica de las fases del desarrollo de la libido, se me ocurre que tiene que ser comprendido, realmente, como la *investidura negativa* de las propias funciones del niño y de sus órganos físicos que reflejan el no ser investido por sus

objetos internos. Por cierto, un niño como el descrito vive en un sentimiento de *soledad*, como si no lograra confiar en nadie que lo pudiera ayudar a desarrollar una mejor imagen de sí mismo. Se siente completamente solo para enfrentar sus objetos internos rechazados, tratando desesperadamente de domesticar su cuerpo fragmentado, que se mantiene como un *extraño* para él y al que fantasea como una horda heterogénea de animales salvajes. Los tiene que usar como aliados, los únicos que puede usar en su inmensa soledad interior, para luchar contra lo que él llama sus enemigos, entre los que sus sentimientos depresivos son indudablemente los más peligrosos, porque hubieran podido invadir y aniquilar su vida psíquica, si no hubiese estado peleando continuamente contra ellos para su *supervivencia*.

Podemos encontrar casos donde el *espacio* y el *tiempo* son sentidos como perseguidores terroríficos. Esta es la interpretación que Samuel Beckett dio del tiempo en los trabajos de Proust. Beckett tenía tan sólo 24 años cuando escribió, en 1930, una breve monografía sobre Proust. Es un libro extraordinario, bastante fascinante, ¡si hasta parece un artículo de Bion! Sin embargo, ellos no se habían encontrado todavía, un encuentro que Didier Anzieu pensó como muy importante para ellos –¿podría ser alguna forma de identificación recíproca? De todos modos, Beckett (1931) escribió lo siguiente acerca de Proust:

“La ecuación proustiana nunca es simple... En primer lugar es conveniente examinar el monstruo de doble cabeza de condena y salvación – Tiempo... las criaturas de Proust son víctimas de esta predominante condición y circunstancia –Tiempo; víctimas como los organismos inferiores, conscientes sólo de dos dimensiones y repentinamente confrontados con el misterio de la altura, son víctimas – víctimas y prisioneros”. (p. 1)

Estaba bastante sorprendido cuando leí por primera vez una evocación tan directa de la bidimensionalidad, ¡como si fuera una descripción meltzeriana del mundo de los niños autistas y de la dificultad de elaborar una tercera dimensión con referencia a las identificaciones proyectivas patológicas y al claustro! Beckett continúa describiendo los aspectos persecutorios del tiempo:

“No hay escapatoria de las horas y los días. Ni del mañana ni

del ayer. No hay escapatoria del ayer porque el ayer nos ha deformado o ha sido deformado por nosotros. El modo no tiene importancia. La deformación ha tomado lugar. Meramente no estamos más agotados por el ayer, nosotros somos otros, no más que lo que fuimos antes de la calamidad del ayer”. (pp. 2-3)

Entonces él expresa una sensación de absoluta soledad, sin sentido y ausencia de cualquier objeto “bueno”:

“La disposición buena o malvada del objeto no tiene realidad ni significado. Las alegrías y penas inmediatas del cuerpo y la inteligencia son autoevidentes pero no convincentes... Tal como lo fue, ha sido asimilado al único mundo que tiene realidad y significado, el mundo de nuestra propia conciencia latente y su cosmografía ha padecido una desubicación”. (p. 3)

Así, para finalizar, un concepto de cambio catastrófico y después, la nada.

“Estamos en desacuerdo con la nulidad de lo que estamos complacidos en llamar éxito...” (p. 3)

Esta es una descripción muy impresionante de un mundo psíquico sin espacio para el desarrollo (bidimensionalidad) y en el cual el Tiempo es visto como un predador inexorable. Beckett nos hace percibir el *horror* latente de una permanente *amenaza de aniquilación de la vida psíquica*, el cual reglamenta tal mundo. Conduce solamente a la nada y al sin sentido, al absurdo, que se convertirá más y más en el tema central del trabajo de Beckett. Para él, “...la solución proustiana consiste... en la negación del Tiempo y la Muerte, la negación de la Muerte por la negación del Tiempo. La Muerte es muerta porque el Tiempo es muerto” (p. 56). Beckett se burla del “*tiempo recuperado*” de Proust; él mantiene que “el Tiempo no es recuperado, es eliminado” (p. 56).

De hecho, la posición de Proust es bastante diferente, porque él consiguió redescubrir la *memoria estética* del objeto para sobreponerse a sus sentimientos depresivos de pérdida y destrucción y *recrear su propio self*. Como lo dice al final de su reflexión cuando:

“...estaba buscando la causa de esta felicidad, el carácter de la certeza con la que se me impuso... Tantas veces, durante mi vida, la realidad me había decepcionado ya que, tras el momento en el que yo la percibía, ya *mi imaginación, que era mi único órgano para disfrutar de la belleza*, no se podía aplicar a ella, de acuerdo con la ley inevitable que prescribe que uno sólo puede imaginar lo que está ausente... Pero permitan que un sonido, un aroma, ya oído o respirado en el pasado, sea escuchado o respirado nuevamente, ambos en el presente y en el pasado, real sin ser actual, ideal sin ser abstracto, instantáneamente la esencia permanente y oculta de las cosas es liberada y nuestro *self verdadero* que algunas veces por un largo tiempo parecía muerto pero no del todo, se despierta y revive al recibir el alimento divino que le es traído a él”. (Proust, 1990, pp. 178-179, traducido por J.B.)

En verdad, la emoción estética mantiene los lazos más profundos con el reconocimiento y la recreación del amor por la vida. El idioma francés no posee tantas palabras como el inglés, un inconveniente que, no obstante, tiene una ventaja: la palabra francesa “*reconnaissance*” significa tanto reconocimiento como gratitud, una buena integración del desarrollo cognitivo y afectivo, al menos eso es lo que uno espera. Debemos, con este estilo, agradecer a Donald Meltzer por recordarnos cuestiones tan importantes y por habernos ayudado a comprenderlas con más claridad.

Traducido por Raquel Duek de Escandarani.

Jean Bégoin
28 rue Washington
75008 Paris
France